

nido á distribuir vuestros premios. Con qué gusto he coronado á las hijas, de las que no pude ceñir en mi tiempo con iguales guirnaldas, teniendo que enviarlas á tierra extraña á recibir esmerada y cristiana educación. Quiera el cielo que no sólo no se marchiten estos laureles, sino que reverdezcan cada año más lozanos y espléndidos. El Señor me conceda que, cuando cese mi administración, entregue este plantel, y los demás del Verbo Encarnado, prósperos y florecientes, más que nunca, para bien de la Religión y de la Sociedad.



CARTA PASTORAL

SOBRE EL JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO X.



NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE S. LUIS POTOSÍ, ADMINISTRADOR APOSTÓLICO
DE TAMAULIPAS, PRELADO DOMÉSTICO DE
SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO

Á NUESTRO VENERABLE CABILDO,
AL CLERO Y AL PUEBLO DE AMBAS NUESTRAS DIÓCESIS,

SALUD Y BENDICIÓN.

LAS celebraciones jubilaires, frecuentes en los tiempos antiguos, se han ido multiplicando á medida que los siglos avanzan, y en nuestros días podemos decir que se han hecho habituales. Bodas de plata, de oro, de diamante, se festejan á cada paso, á los 25, 50 ó 60 años de todo acontecimiento notable, público ó privado. También vemos solemnizarse centenarios, aniversarios una ó más veces seculares, y aun algún milenario. Las fiestas no suelen reducirse á meras congratulaciones cordiales, á sencillos recuerdos de sucesos pasados, sino que entrañan algún

profundo significado, que de lo que fué deduce consecuencias para lo presente, y presagios para lo porvenir.

No fué su conversión al cristianismo, sino su obstinación en el cisma, lo que hizo resaltar Rusia en sus solemnidades de hace pocos años. No fué la fácil toma de la Bastilla, sino el triunfo de los principios revolucionarios, lo que Francia aclamaba recientemente. Por último, al conmemorar en estos últimos días la Italia moderna, el nacimiento de José Garibaldi, no vitoreaba al guerrero afortunado en las orillas del Plata, y poco feliz en las del Tíber, sino al enemigo del Papado, cuyas empresas antireligiosas excitaba á sus admiradores á continuar.

De igual manera nosotros, cuando celebramos los jubileos de los gloriosos Pontífices Pío IX y León XIII, volamos á sus pies movidos por fines más altos que los que llevan á los hijos al lado de su anciano padre, á los feligreses ante su párroco, á los diocesanos á la presencia de su Obispo. Nos animaban sentimientos superiores á los del patriota que aclama á un libertador, á un héroe, á un soberano; que ensalza á un Cervantes, á un Miguel Angel, á un Shakespeare; que glorifica á un Alejandro, á un César, á un Cristobal Colón.

Cuando, á principios de 1869, se preparaba Pío IX á celebrar el quincuagésimo aniversario de su primera misa, ninguna invitación especial se dirigió al Orbe Católico, ninguna junta organizadora de festejos se estableció, ningunos preparativos se hicieron; y sin em-

bargo, y aunque los medios de comunicación distaban mucho de ser tan fáciles como ahora, el Orbe entero, en espíritu ó en verdad, voló á las plantas del augusto Pontífice, aquel 11 de Abril, de imperecedera memoria.

Habría bastado sólo su historia personal para este arranque unánime de tantos millones de cristianos. El Sumo Sacerdote, que conmemoraba sobre el cuerpo de San Pedro, sus desposorios de medio siglo con el ara sacrosanta, hacía más de cuarenta que empuñaba el báculo pastoral, y más de veinte años que ceñía la triple corona que lo constituía, no sólo Pontífice Máximo, sino Rey temporal de la más bella porción de la península itálica. Como Pontífice, como Obispo, como sacerdote, y aun como seglar en sus más tiernos años, su vida había sido accidentada en extremo; y ya glorificado, ya perseguido, ya triunfante, ya padeciendo, ya en el polvo, ya en el altar, se había mostrado verdaderamente grande. Precisamente en esos momentos se hallaba en vísperas de una crisis solemne, y cuando los Obispos del Orbe se preparaban á reunirse en derredor suyo en Concilio Ecuménico, sus Estados temporales, ya muy mermados por la injusticia y la traición, amenazaban desplomarse del todo.

Necesitaba que sus fieles hijos acudieran á consolarlo, y así lo comprendieron en todos los ángulos del mundo. «El fin principal de la celebración del Jubileo (escribía un autor contemporáneo), tendía, sobre todo, á compensar al Vicario de Cristo por los sacrílegos ul-

trajes con que había sido violada su divina representación. Fué una protesta de las naciones católicas contra las hostilidades, en público ó en secreto, rotas contra el Papado, un hacimiento de gracias al Señor por haber conservado en medio de Roma, al Sucesor de San Pedro. Tal era el pensamiento que en todos encendía los deseos de hacer espléndidos festejos. Cuantos presenciaron en Roma ó en otras partes las solemnidades, pueden dar testimonio de haber visto con todo su brillo los destellos de lumbre tan viva. Resplandecía en la enseñanza autorizada del Episcopado, en la predicción de los sacerdotes, en los opúsculos de los escritores, en las academias de los literatos, en los cantos de los poetas, en las plegarias de los devotos, en los donativos de la gente generosa, en las aclamaciones de las turbas, en los adornos de los templos.»

Pocos años pasaron, y otro Jubileo, sin igual hasta entonces en la historia de la Iglesia, vino á consolar al mismo Pío IX en sus inmensas amarguras. La experiencia de más de diez y ocho siglos, había hecho creer al mundo que ningún Pontífice *vería los días de Pedro*; y al desmentir Pío IX por primera vez el fatídico vaticinio, unánime fué el aplauso en todos los ámbitos del globo. No hay palabras que mejor describan el regocijo universal, que las que dirigió el mismo Pío IX al Episcopado, en su Encíclica de 5 de Agosto de 1871.

Ahora, con un acontecimiento nuevo desde la época de San Pedro, y completamente inaudito en la serie de los Pontífices Romanos, habiendo Nos llegado al año vigésimo sexto de Nuestro Apostólico

ministerio en la Cátedra Romana, habéis dado pruebas tan espléndidas de vuestro júbilo por este insigne beneficio á nuestra pequeñez concedido, y mostrasteis así tan á las claras el floreciente vigor que alienta por todos lados á la familia cristiana, que no pudimos menos que conmovernos profundamente; y añadiendo Nuestros votos á los vuestros, sacamos de aquí nuevas fuerzas para esperar con mayor confianza el pleno y absoluto triunfo de la Iglesia. . . .

Sentimos, además, no sólo aliviarse en gran parte nuestra congoja y nuestros trabajos, sino hasta cambiarse en alegría por las felicitaciones, los obsequios y los votos expresados en vuestras cartas, por la presencia de numerosísimos fieles aquí congregados de todas partes, entre los cuales muchos resplandecían por su altísima alcurnia, ó brillaban por las dignidades civiles ó eclesiásticas de que se hallaban adornados, pero siempre más nobles por su fe; los cuales, unidos todos en el afecto y en las obras, á la mayor parte de los ciudadanos de esta Dominante y de las provincias usurpadas, aquí acudieron aun de los países más remotos, y quisieron afrontar los mismos peligros y contumelias á que Nos estamos expuesto. . . .

En esta ocasión, con mayor abundancia de lo acostumbrado, Nos llegó el Obolo, con que pobres y ricos se han esforzado por socorrer la pobreza á que Nos han reducido, y al cual se unieron muchísimos presentes, tan variados como espléndidos, egregio tributo del arte cristiano y del talento, muy á propósito para hacer resaltar la doble potestad, espiritual y temporal, que Nos ha concedido el Señor.

Siete años más tarde, después de haber superado con mucho los días de Pedro en la Cátedra Romana, voló al cielo el bienaventurado Pío IX. Su insigne sucesor León XIII, pasó en comparativo silencio el primer período de su largo Pontificado, trabajando con su fina diplomacia, por reparar las brechas abiertas por la impiedad. Llegó, entretanto, el 1.º de Enero de 1888, el quincuagésimo aniversario de su primera misa; y el

mundo entero sintió la necesidad de acudir en masa alrededor del Pontífice, no ya á consolarlo como á Su Predecesor, sino á hacer público alarde de las fuerzas católicas, y desplegar, en orden de batalla, las huestes no mermadas por la lucha, de la Iglesia de Jesucristo.

Aunque se conserva viva en nuestra memoria la esplendidez de este primer Jubileo de León XIII, no podríamos describirla mejor, que con las palabras que os dirigimos á raíz de los sucesos.

Se extasiaron mis ojos al ver al santo anciano rodeado, no sólo de sus hijos del Aquilón y del Mediodía, del Levante y del Poniente, sino de muchos de aquellos que, separados de la unidad católica, ven en Él la Cabeza de la Congregación de Cristianos más numerosa y más extendida; al Soberano y árbitro de Soberanos, aunque despojado momentáneamente de su poder temporal; al profundo político, varón doctísimo y sacerdote immaculado. Si mi atención se fijó en los enviados de los monarcas protestantes de la Gran Bretaña y de la Alemania, de la cismática Rusia, de las siempre católicas Austria y España y de las demás potencias europeas, os confieso que de preferencia arrebataron mis miradas los embajadores de las diversas naciones de la joven América.

Hablé con el encargado de presentar los dones del Presidente de los Estados Unidos. Discurrí largamente con el enviado de la República de Colombia, ahora abiertamente católica. El actual Presidente del Ecuador se glorió en mi presencia del catolicismo nunca desmentido de la nación que entonces representaba. La República Argentina, la de Venezuela, Bolivia y el Perú, mandaban á sus embajadores con ricos presentes. El Imperio del Brasil, además de valiosos dones, obsequiaba al Padre Santo con una ley aboliendo la esclavitud. Por último, el Presidente de Chile, de esa poderosa República que, después de sus brillantes victorias por mar y por tierra, ha alcanzado sin disputa la hegemonía de la América Meridional, enviaba á su pró-

pio hermano á rendir homenaje al Jefe de la Cristiandad; y el altivo Còndor, que revuela triunfante sobre los Andes, y reina sin rival sobre el Pacífico, no tenía á mengua el unirse á las Águilas de Prusia y de Francia, de Rusia y de Austria, é ir á plegar las alas ante el trono excelso del Vicario de Jesucristo.

El éxito colosal de este primer jubileo, animó á la celebración de los que después se siguieron, conmemorando el quincuagésimo aniversario de su consagración episcopal, y el suceso, ya no nuevo, pero no por eso menos glorioso, de haber visto también él, los días de Pedro en la Sede Romana. La experiencia había enseñado que la aglomeración en un mismo día, de tantos obispos y de tantos sacerdotes y fieles de todas las naciones, presentaba mil inconvenientes para el anciano Pontífice, para los mismos peregrinos y aun para los habitantes de Roma, y se adoptó la costumbre de hacer durar un año entero las celebraciones jubilares, escalonando las peregrinaciones, y haciendo así más fáciles las audiencias del Soberano Pontífice. De esta suerte, también se quitaba á estas demostraciones puramente religiosas, todo carácter de provocación aparente que pudiera dar pretexto, como alguna vez había sucedido, á las agresiones de los sectarios, dueños ahora de la Ciudad de los Papas.

En hora infausta subió al trono Pontificio, contra su voluntad, el modesto y humilde Pío X. El único rayo de luz que ha iluminado su azaroso cuanto breve reinado, ha sido el jubileo de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de María. Penas y más